

PARA

Para. Por favor. Para. ¿No ves el poco sentido que tiene todo esto? Para. En serio. Para. En algún momento pensaste que esta sin razón sería útil, incluso necesaria... Puede que para alguien o para todos los demás, sí. Pero, ¿y para ti? Realmente ya no sabes si merece la pena. Tanta rutina, tanta aceleración, tanto pensar en el próximo paso no te permite saborear el momento. Y el momento es importante. Claro que es importante. Siempre es importante. Porque es lo único cierto. Porque es lo tangible. Porque es lo disfrutable. ¿Disfrutable? ¿Existe la palabra disfrutable? Pues debería existir. Para explicar la capacidad y la posibilidad de no dejar pasar el instante. Porque ese pensamiento futuro que ocupa constante, rígida y obstinadamente toda tu mente, puede materializarse o no. Es más, en algún momento, seguro que no será. Y entonces todo habrá acabado. Sin esperarlo, aunque alguna vez sospecharas que podría darse el caso, de repente todo termina. Y cuando llega la fecha fatídica, lo único que te queda es el recuerdo de lo que fuiste, de lo que hiciste, ... que nunca fue demasiado, ni suficiente. Al menos eso crees. ¡Qué tristeza te invadirá entonces? ¿La misma que la de ahora? Aunque la de ahora se mezcla con cansancio, con hartazgo. Tú, que siempre has visto la vida a través de vivos colores, que siempre tratas de iluminar a tu alrededor, que te esfuerzas en ayudar a todos los que se acercan a ti. Te empeñas en mirar con optimismo hacia adelante. Intentándolo, al menos. Otra vez, y otra y sigues. Sigues, porque seguir con las convenciones es lo más fácil. Esa suerte de orden exacto impuesto no se sabe bien por quién ni desde cuándo, pero aceptado por la inmensa mayoría. Las reglas establecidas que controlan la totalidad de nuestro tiempo, nuestros movimientos, nuestro día a día, y así cada hora, cada segundo. En un interminable bucle sin fin. Volvemos a la chirriante noria que el pequeño ratón gris hace girar y girar. Y piensas, en un instante de lucidez, que eres más importante que un insignificante ratoncillo. Sí, sin lugar a dudas. Tu misión es real, tiene un alto valor, es justo que se reconozca tu labor, ¿verdad? No puedes venirte abajo, no puedes ceder al impulso de soltar amarras. Contigo no se contempla la posibilidad de un ataque temporal de pérdida de cordura... pero a veces es tan duro mantenerse erguido. Tan agotador. Y te permites el lujo de fantasear con dejarlo todo. ¿Por qué no? Alguien tiene que empezar. Siempre hay uno que tiene que ser el primero. Empieza tú, sé valiente, cambia el orden, que el rojo sea verde y el ámbar una piedra preciosa... puede que el resto de semáforos sigan tu ejemplo y entonces, ya por fin, reinará la anarquía.